

Algunos puntos débiles y fuertes de la espiritualidad ignaciana en el camino de la conversión ecológica

José Ignacio García

La ecología, y con ella las cuestiones medioambientales, se ha convertido en un tema relevante para nuestro tiempo. Básicamente la crisis ecológica se ha convertido en una pregunta sobre el modo en que hemos ido organizando las relaciones económicas y sociales, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial. El modelo de desarrollo económico basado en una fuerte industrialización, que a su vez ha generado –y se sostiene– sobre un fuerte consumismo, es el eje vertebrador de nuestra vida social. Este eje se sostiene sobre otros elementos importantes como son la innovación tecnológica –que mantiene la carrera industrial–; la publicidad –que espolea el consumo–; y la actividad financiera –que anticipa los recursos necesarios–. Es indudable que vivimos momentos de bienestar desconocidos hasta ahora, y que este bienestar llega a una cantidad mayor de personas en todo el mundo. Pero, y simplificando mucho el análisis, el precio que estamos pagando también es muy grande, pues lo que parece cada vez más evidente es que será muy difícil sostener este modelo de desarrollo; sin olvidar que millones de personas siguen sin disfrutar las ventajas del mismo.

El desarrollo económico sigue dejando a millones de personas excluidas y marginadas. Al considerar el trabajo humano como un factor de producción más, sin que se le conceda la necesaria dignidad, el desarrollo económico tiene evidentes deficiencias morales, además de afrontar muy superficialmente la necesaria equidad. Como parte de los fallos de este modelo de relaciones sociales y económicas están los impactos medioambientales, y la crisis ecológica generada, acelerado todo ello por el fenómeno del cambio climático.

La crisis ecológica siguiendo el proceso de producción, nos habla del agotamiento de los recursos naturales. El más conocido es el petróleo, pues se discute mucho si habremos alcanzado ya su punto de máxima producción y a partir del cual asistiríamos a un proceso de declive y finalmente a

Ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana.

su escasez. No parece el caso pero sí que el petróleo cada vez se busca más lejos (Alaska) o más profundo (Golfo de California) o con más tecnología (*fracking*), todo ello retrasa un dato cierto: que el petróleo si se sigue consumiendo se acabará en cincuenta u ochenta años. Lo mismo va sucediendo con otros minerales como el itrio, el indio, el titanio o incluso el mercurio. Efectivamente el petróleo, el gas o estos minerales son recursos no renovables, por lo que, una vez extraídos, ya no se pueden recuperar, o sólo en alguno de los casos en cantidades muy pequeñas.

Pero en los llamados recursos renovables la situación no es mucho mejor, la deforestación es un fenómeno global acelerado por la acción humana buscando pastos para el ganado o con el aumento de la urbanización; la contaminación de los acuíferos reduce la cantidad de agua disponible para beber o el riego; y la pesca intensiva ha agotado pesquerías tradicionales. Y aunque no acabamos con el aire, los índices de contaminación atmosférica son una amenaza real y cotidiana para nuestra salud. La biodiversidad es la gran perjudicada, perdiendo con ello no sólo vida que merece respeto sino respuestas a muchas preguntas sobre nuestra salud –potenciales plantas medicinales– o la adaptación al medio por parte de los seres vivos. Solo el sol parece escapar por el momento a nuestra actividad verdaderamente depredadora.

Y si éstas son algunas de las actividades directas sobre la explotación de recursos, con el paso de los años vamos encontrando nuevos fenómenos como los desechos nucleares que tienen capacidad radiactiva durante cientos de años y para los que no existe un modo de neutralizar, solo la acumulación en lugares apartados o los posibles accidentes nucleares. Todo ello hace que el daño y el riesgo medioambiental hayan crecido enormemente en los últimos cincuenta años.

La respuesta cristiana, apuntada ya por San Juan Pablo II y declarada formalmente por el Papa Francisco es la de “una conversión ecológica, que implica dejar brotar todas las consecuencias de su encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea”, y además, “ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana”¹. El mismo Papa Francisco en este número de la encíclica identifica dos

¹ Francisco. Carta Encíclica *Laudato si'*, 217.

posturas posibles entre los cristianos ante esta cuestión: “algunos cristianos comprometidos y orantes, bajo una excusa de realismo o pragmatismo, suelen burlarse de las preocupaciones por el medio ambiente. Otros son pasivos, o no se deciden a cambiar sus hábitos y se vuelven incoherentes”. A los dos grupos se les invita, se nos invita, a una auténtica y sincera *conversión ecológica*.

El objetivo de este artículo es proponer algunas puntos fuertes, y otros no tanto, que se pueden identificar en la espiritualidad ignaciana cuando queremos considerar la conversión ecológica. Obviamente no son todos, y tampoco se pueden considerar exclusivos de la espiritualidad ignaciana sino que comparten muchos aspectos con las dificultades de los cristianos en general, pero su consideración puede ser una ayuda de forma que desde la espiritualidad ignaciana se pueda contribuir a la conversión ecológica, que sería definitivamente la respuesta –creyente– a este desafío social de nuestro tiempo.

El individualismo y el riesgo de un antropocentrismo desmesurado

Soy consciente de que al destacar este aspecto golpeo sobre un clavo muy maleado. La cuestión del individualismo, la acusación de promover individualismo, es un tema recurrente cuando se trata la espiritualidad ignaciana. O mejor dicho, es un tema recurrente cuando se ve el modo de trabajar de muchos formados en la espiritualidad ignaciana, especialmente jesuitas: capaces de muchas iniciativas pero también con dificultades para el trabajo cooperativo. Y cuando este modo de actuar resulta más frecuente que una excepción es comprensible que la pregunta sobre esta manera de actuar, y relacionarse, vuelva sobre la formación y las raíces –también espirituales– de los que se comportan así².

Evidentemente el individualismo no es fruto exclusivo de la espiritualidad ignaciana, pero no podemos obviar que sí puede reforzar actitudes de este tipo. Primero por su propio proceso: es fundamentalmente una experiencia personal –ejercicios de oración mental– que van facilitando una experiencia espiritual que se construye en la interioridad del sujeto –discernimiento, juego de consolaciones y desolaciones–. Sólo más adelante se verá contrastada en la experiencia vital del individuo. Pero también aquí la espiritualidad ignaciana no genera primariamente grupo o comunidad, sino personas comprometidas que en un segundo tiempo se vinculan, se sociali-

² Para un tratamiento mucho más completo de este tema ver J. ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, “Espiritualidad ignaciana e individualismo”, *Manresa* 86 (2014), 387-398.

zan. Podríamos decir que la espiritualidad ignaciana no es individualista pero desde luego sí se construye individualmente.

El riesgo de una espiritualidad vivida así puede hacer que el resto de la realidad sea como el decorado de una obra de teatro, algo accidental. Y este

*No existe lo humano
ajeno a la vida
vegetal y animal, y a
todo el entramado
físico-químico en el
que tiene lugar.*

sí es un gran reto para integrar la dimensión ecológica en nuestra espiritualidad. El cristianismo ha dado pasos importantes en esta dirección, primero porque en un proceso de desmitologización ha separado al creador de su obra, marcando una separación tan radical entre Dios y su creación que prácticamente lo hemos alejado del mundo para guardarlo sólo en nuestra conciencia –o en la liturgia–. El paso siguiente fue el separar a los humanos de la naturaleza, poniendo a aquellos frente a ésta. La Modernidad se ha encargado del resto, al convertir al individuo y su libertad en la cúspide de todo lo existente.

Libertad que, al menos hasta ahora, se ha transformado en depredación de todo, y también de muchos, que sufren la pobreza y la explotación.

La crisis ecológica ha puesto de manifiesto que la vida humana está interconectada –de forma “radical” dice el Papa Francisco en *Laudato si’*– con todos los vivientes y con el medio en el que la vida se desarrolla: “Esto provoca la convicción de que, siendo creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde. Quiero recordar que «Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación»³. No existe lo humano ajeno a la vida vegetal y animal, y a todo el entramado físico-químico en el que tiene lugar. Esto nos abre a perspectivas que hoy sólo balbuceamos y que ciertamente no sabemos integrar completamente. Descentrar nuestro sujeto, que siente –en su interioridad–, para incorporar el latido –no siempre bello ni armonioso, sino muchas veces amenazado o contaminado– del mundo natural que nos rodea, no es tan evidente.

El antropocentrismo reclama un lugar preferente para los humanos en el orden natural, pone a la humanidad en el centro de la creación y ésta al servicio de los humanos. Sin embargo reconocer la diferencia no nos hace distintos ni nos separa. Al contrario, los seres humanos formamos parte de la

³ *Laudato si’*, 89, con una cita interpolada de *Evangelii gaudium*, 215.

creación y estamos en relación con todo lo creado. Hablaríamos de los seres humanos como diferentes en el orden de lo creado, pero no distintos, no separados. Dos categorías éticas que nos pueden ayudar a revertir esta situación son: primero, la de *respeto*, que no es antropocéntrico sino religioso, pues nos remite a Dios, de quien recibimos estos dones. Así podríamos hablar de “respeto por la obra de Dios”. La segunda categoría que puede ayudar a superar esta tensión es la de *responsabilidad*, la diferencia de los humanos en la creación no se refiere al dominio sino a la capacidad de cuidar y responsabilizarnos de la creación. En una clave más espiritual, y como el mismo texto del PyF propone, las actitudes de: “alabar, hacer reverencia y servir” no se refieren sólo al Creador, sino también, a la obra de sus manos.

La lógica del tanto cuanto y la difícil relación con lo creado

El PyF es una pieza clave en la espiritualidad ignaciana y, sin embargo, si se pierde el contexto trascendente en el que está formulado puede tener un sesgo antropocéntrico enorme,

El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son creadas para el hombre y para que le ayuden a conseguir el fin para el que es creado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayuden para su fin, y tanto debe privarse de ellas cuanto para ello le impiden... [Ej 23].

Lo que en principio es una admirable invitación a vivirse con una sana distancia respecto a las cosas, y a no sentirse atrapado por ellas, puede deslizarnos a una zona más ambigua en la que no se reconoce estatuto propio a lo creado; y en la que el ser humano se convierte en medida de las cosas, pues todo estaría puesto delante de él para su servicio.

Nuestra mirada a la creación debe superar la de considerar a ésta como algo inerte, puesta enfrente de nosotros y esperando la acción humana. La naturaleza está dotada de toda la fuerza de lo vivo, y le reconocemos un valor en sí, independientemente de su relación con lo humano. Además de este valor propio que nos permite evitar el dolor a los animales, o rechaza la depredación de recursos forestales o mineros, la conectividad de todo lo creado hace que la preservación de la biodiversidad sea una cuestión necesaria para la preservación de la vida en el planeta, de todas las formas de vida. Somos mucho más dependientes de lo que pensamos, dependemos de muchas formas de vida, pero también necesitamos un entorno físico-químico que permita nuestro desarrollo sano y en dignidad.

El PyF necesita leerse también a luz de los nuevos datos que tenemos sobre la naturaleza para evitar que se oriente hacia una ingenua justificación de actitudes depredadoras y completamente insostenibles. Hoy comprendemos mucho mejor los límites de nuestro planeta en sus dimensiones físicas y también en las sociales. Así constatamos el agotamiento de recursos naturales (minerales, petróleo, bosques), la desertificación, la acidificación de los océanos, la contaminación de suelos y acuíferos, la descomunal gestión de residuos –o la falta de esta gestión–, los riesgos nucleares y la presión demográfica en la continua urbanización del planeta, son algunos ejemplos. Las imágenes de favelas, *slums*, de las grandes ciudades son una representación gráfica, y dramática de la vida humana en los límites de lo sostenible. Hoy comprendemos que el destino del mundo es uno para todos los seres vivientes.

En una perspectiva más amplia el PyF no pone limitaciones en la relación con la creación salvo en lo que tiene que ver con nuestra propia salvación, no en la *sostenibilidad* –o insostenibilidad– que pueda tener esa relación ni ahora, ni tampoco para las generaciones futuras. Y todo ello sería posible desde una lectura individualista de la relación, como ya vimos en la sección anterior.

No sólo la salvación aparece como un empeño, y una gracia individual, sino que toda la creación estaría puesta al servicio de ese fin sin que los demás seres creados tuvieran un estatuto propio, sino que existirían para estar al servicio del fin humano y de su propia salvación. Visto así el PyF sería un alegato directo al antropocentrismo más exacerbado. Pero es precisamente este fin –la salvación–, es decir, el encuentro definitivo con Dios, lo que da un sentido trascendente y no materialista a la propuesta de los Ejercicios. Así “salvar su ánima” no es sólo una categoría moral sino, y especialmente, un horizonte de amor que transformará toda la realidad –tanto la humana como también la del mundo natural– en una realidad nueva sostenida de manera definitiva por el amor de Dios, y ya no por las fuerzas naturales.

Necesitamos leer el PyF en esa dimensión trascendente para superar un horizonte pragmático y utilitarista. Como dice el Papa Francisco⁴: “Si nos acercamos a la naturaleza y al ambiente sin esta apertura al estupor y a la maravilla, si ya no hablamos el lenguaje de la fraternidad y de la belleza en nuestra relación con el mundo, nuestras actitudes serán las del dominador, del consumidor o del mero explotador de recursos, incapaz de poner un límite a sus intereses inmediatos. En cambio, si nos sentimos íntimamente

⁴ *Laudato si'*, 11.

unidos a todo lo que existe, la sobriedad y el cuidado brotarán de modo espontáneo”.

La dinámica de la encarnación: como abrazo al mundo

Hasta aquí hemos visto algunas de las posibles limitaciones en la espiritualidad ignaciana para este proceso de conversión ecológica, ciertamente no exclusivas, pero que, si no estamos atentos a desactivarlas, pueden reducir la capacidad transformadora que tiene la espiritualidad ignaciana. Vamos ahora a destacar algunos de los elementos que sí pueden, y mucho, ayudar en este camino de conversión.

Merece especial atención la relación de Dios con el mundo, tal y como la describen los Ejercicios en la contemplación de la Encarnación [Ej 101]. En la contemplación de la Encarnación san Ignacio describe una dinámica de descenso y de encarnación en lo real. La segunda persona de la Trinidad se incorpora en un momento determinado de la historia humana, haciéndose uno de tantos, y desde este momento la historia de salvación transita por la historia humana recorriendo los caminos de Galilea. En la contemplación de la encarnación se nos ofrece un modelo de tres tiempos para acercarnos al mundo creado: contemplar, compadecerse y comprometerse con el mundo.

Estamos describiendo una dinámica muy potente también para la conversión ecológica, pues evidentemente necesitamos cambiar nuestra mirada para descubrir valor allí donde ahora sólo vemos utilidad; necesitamos no sólo comprender la complejidad del mundo natural y de las complejas interacciones que lo mantienen en equilibrio (sistemas físicos y químicos), sino que debemos empatizar de tal modo con lo real –especialmente con lo frágil y sufriente– que seamos capaces de comprometernos de una forma responsable.

La contemplación de la encarnación pone de manifiesto la amplitud y la profundidad de la mirada de Dios. La consideración sobre espacios y personas, “ver la gran capacidad y redondez del mundo, en el cual están tantas y tan diversas gentes” [Ej 103], quiere llamar nuestra atención sobre la densidad del misterio de la encarnación. El mundo aparece no como algo separado y lejano de Dios sino como el lugar de su *epifanía*; de su auto-manifestación. La encarnación como “descenso” reconoce que el mundo y la historia están habitados por la presencia de Dios. El misterio de la encar-

Para la conversión ecológica necesitamos cambiar nuestra mirada para descubrir valor allí donde ahora sólo vemos utilidad.

nación ilumina el misterio de la creación para dotarlo de novedad y de sentido.

La meditación de la encarnación no es sólo una meditación sobre la iniciativa de Dios sobre el mundo, sino también una meditación sobre el mundo que Dios ama.

La contemplación del misterio de la encarnación, tal y como se nos propone en los Ejercicios constituye un apoyo importante para esta conversión ecológica. Se nos invita a desarrollar esa mirada amplia y profunda sobre el mundo que permita descubrir la pasión misma de Dios sobre la obra de sus manos. Sin esta mirada es muy difícil que la conversión sea completa y brote del corazón. La propuesta del Papa Francisco, como lo había ya propuesto San Juan Pablo II, no es para conocer mejor un fenómeno, o para simpatizar con una inquietud social sino para realmente incorporar a la nuestra una dimensión de conexión profunda con lo real. La madre/hermana Tierra no son accidentes para la vida sino elementos fundamentales para una vida digna y para el futuro mismo de la vida. Su cuidado y su bienestar son indispensables para todos: “Todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra”⁵.

Lo que nos resulta sorprendente, y en este sentido sí que es algo novedoso, es que para poder realizar esta mirada sin que sea un ejercicio de ingenuidad o de simplona admiración, necesitamos de datos e informaciones proporcionadas por la ciencia. Si ya en su momento el incorporar el análisis social –para cimentar la promoción de la justicia– resultó un ejercicio complejo, adentrarse ahora en datos sobre el calentamiento global, el agotamiento de recursos o el impacto de la pérdida de biodiversidad tienen el tono de atrevimiento. Pero es indispensable que nuestra mirada esté fundada en los medios que tenemos para comprender la realidad, porque la meditación de la encarnación no es sólo una meditación sobre la iniciativa de Dios sobre el mundo; sino también –y esto es lo que nos interesa destacar– una meditación sobre el mundo que Dios ama, sobre el mundo que Dios quiere salvar y sobre el mundo que Dios nos ha confiado.

Aunque la relación fe-ciencia tiene un largo recorrido de confrontación que ha pasado primero por una fase de emancipación de la ciencia respecto de la fe buscando su espacio propio y no sometiéndose a pre-

⁵ *Laudato si'*, 92.

juicios religiosos, vivimos ahora un tiempo segundo en el que la religión reivindica también su esfera para interpretar la realidad, sin verse sometida a una racionalidad tecno-científica que reivindica ser la única intérprete válida de lo real. Esta relación fe-ciencia tiene que mantener probablemente una tensión inevitable, pero lo que no podemos hacer es negar la legítima contribución de la ciencia para comprender los fenómenos naturales y sociales, sin que invaliden otras legítimas interpretaciones como son las que nos proporciona la fe⁶. Como sucede tan a menudo, sólo el aprecio y el respeto mutuo, permiten avanzar en un proceso de humanización que ofrezca esperanza a nuestro mundo y a las generaciones futuras.

Si queremos que la conversión ecológica sea una verdadera transformación de nuestro modo de ver el mundo, para hacerlo –intencionalmente por nuestra parte– de un modo semejante a como lo hace Dios, tenemos que incorporar los datos de la ciencia que nos advierten de los riesgos de unos modos de producción y de consumo que hacen insostenible el planeta, de la misma manera que hacen insostenible la vida de millones de personas. El misterio de la encarnación del Hijo de Dios nos ayuda a superar posiciones voluntaristas, y sin duda bienintencionadas, para situarnos en el horizonte de una vida cristiana que quiere abrazar el mundo como Dios lo hace.

De la contemplación al compromiso ecológico

La Primera Semana dibuja la dinámica que va desde el amor gratuito e incondicional de Dios por sus creaturas, revelado a través del misterio de la encarnación, hasta la aceptación del perdón que Dios nos ofrece cuando reconocemos nuestra pobre respuesta a su proyecto. La Primera Semana nos permite experimentar profundamente la gracia del perdón sobre nuestro pecado, y el pecado del mundo.

La Segunda Semana de los Ejercicios Espirituales es crucial para fraguar la dimensión apostólica de nuestra fe. Por eso también tiene que jugar un papel importante en esta conversión ecológica. Se trata de pasar de la admiración que provoca la acción fascinante del Dios creador al compromiso y la radicalidad de vida que se espera del discípulo del Señor Jesús. No hay tal conversión si no implica una transformación de nuestros estilos de vida, de nuestras conductas personales.

La espiritualidad ignaciana se configura como una espiritualidad de

⁶ *Laudato si'*, 199: Las religiones en el diálogo con las ciencias.

elección y seguimiento. La contemplación de la vida de Jesucristo en la segunda semana, especialmente, nos ayuda a superar las dificultades que habíamos visto anteriormente. Frente al individualismo se trata ahora de incorporar la experiencia de discipulado, y de un discipulado comunitario.

Los riesgos medioambientales no son “otros riesgos”, sino los mismos “riesgos” de una acción humana carente de horizonte ético.

Una comunidad que vive en relación –a veces de dominación, pero en cualquier caso de dependencia– con su medio ambiente. El seguimiento de Jesús, hoy, está llamado a incorporar nuevas dimensiones de lo real, y junto a la de la exclusión y la pobreza de millones descubrimos la amenaza que la acción humana supone para su propio futuro y el del planeta. Los riesgos medioambientales no son “otros riesgos”, sino los “mismos riesgos” de una acción humana carente de horizonte ético. “No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza”, dirá el Papa Francisco⁷.

La encíclica *Laudato si'* del Papa Francisco recoge muy bien los contenidos de esta conversión ecológica. Al poner el énfasis en las conexiones sociales y medioambientales de esta situación nos está ayudando a pasar de una experiencia contemplativa a un compromiso activo propio de los discípulos de Jesús. La encíclica nos ayuda a superar la falsa dicotomía entre servicio a las personas o servicio a la naturaleza; ambas son realidades queridas –amadas– por Dios y nuestra fe nos lleva a un respeto y a un cuidado mutuo.

Superar reticencias del pasado, vencer prejuicios ideológicos y descubrir una realidad en la que la vida –en su multiforme variedad– sufre una importante amenaza, forman parte de este proceso de conversión. ¿Se trata de convertirnos en activistas ecológicos? Probablemente esta es una conclusión demasiado simplificadora. Para nosotros, como creyentes, el reto está en vivir plenamente los contenidos de nuestra fe, y la crisis ecológica no puede ser vista como algo secundario. “Ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana”⁸, como ya habíamos recogido anteriormente.

⁷ *Laudato si'*, 139.

⁸ *Laudato si'*, 217.

La fuerza de la elección

Hasta ahora hemos visto dos aspectos de la espiritualidad ignaciana que pueden contribuir muy positivamente a la conversión ecológica: el anclaje de la experiencia espiritual en el agradecimiento a través de la contemplación del misterio de la encarnación y la dinámica del seguimiento como forma de respuesta al amor primero de Dios. Habríamos apuntado al porqué de esta conversión y al qué, al contenido formal de la conversión ecológica. El tercer y último elemento haría referencia al cómo, al modo de ir orientando nuestra vida ante esta nueva llamada. Para esto la práctica del discernimiento es crucial por los numerosos riesgos que rodean el seguimiento del Señor (el miedo, los prejuicios, la ideologización, la parálisis o la crítica ignorante) especialmente cuando se trata de orientar nuestra conducta en sociedad.

La práctica del discernimiento no es un antídoto en sí mismo para estos riesgos, pero es un medio muy potente para que podamos reducir, tanto el impacto de mociones desordenadas, como el efecto del pecado en nosotros, y procuremos buscar, con humildad y generosidad lo que Dios busca en nosotros.

El papel del discernimiento en esta conversión ecológica es muy importante, porque, como hemos indicado anteriormente, nuestra praxis tiene que ir acompañada de una evaluación serena aportada por los datos de la ciencia, por el conocimiento de los acontecimientos y de sus actores, y por una búsqueda infatigable por descubrir a los más perjudicados y los que más sufren en este contexto. El discernimiento juega un papel crítico para evitar que podamos caer en posiciones voluntaristas o ingenuas, que poco tienen que ver con la libertad comprometida del seguidor de Jesús.

Conclusión

Cuando san Ignacio nos propone descubrir a Dios habitando en las criaturas, dando ser a las plantas y a los animales, dándonos el mismo ser a nosotros los humanos; o cuando nos invita a considerar a Dios que trabaja y labora por nosotros en todas las cosas creadas [Ej 235-236], san Ignacio nos propone un ejercicio de radical descentramiento para reconocernos

El papel del discernimiento en esta conversión ecológica es muy importante, porque nuestra praxis tiene que ir acompañada de una evaluación serena aportada por los datos de la ciencia.

como creaturas que venimos y somos sostenidas por el amor de Dios. Para llegar a esta experiencia de máxima densidad espiritual hemos de recorrer el camino que propone Ignacio, tanto en los Ejercicios como en nuestra vida. Este camino de seguimiento del Señor hoy se nos invita a actualizarlo como una conversión ecológica que nos capacite y nos prepare para asumir los dos grandes retos de nuestro tiempo: la pobreza y la crisis medioambiental.

Para este camino de conversión ecológica la espiritualidad tiene dos riesgos que debemos limitar: una tendencia al individualismo y una tendencia al antropocentrismo, que dificulta reconocer la profunda conexión de todo lo real. Ambos riesgos pueden ser limitados desde la misma espiritualidad. Por otro lado, la espiritualidad ignaciana tiene tres elementos de gran capacidad para favorecer la conversión ecológica: la densidad del misterio de la encarnación, la capacidad de transformar la contemplación de los misterios de Jesucristo en compromiso de vida, y el discernimiento como herramienta de aproximación a lo real.